



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIZES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# IMPRESIONES DE VIAJE

PARTE PRIMERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIZES"  
ALEJANDRÍA  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Como a las seis de la tarde del 22 de abril de 1850, nos sorprendió en medio de nuestra comida el grito de / tierra, tierra / dado á bordo del brick el *Lancero*, que nos conducía á Mrs. Taylor, Mayer y á mi, á Egipto. Subimos precipitadamente sobre cubierta, y á los últimos rayos del sol que se iba á poner, saludamos el antiguo país de los Ptolomeos.

Alejandría es una playa de arena, una gran faja dorada extendida á flor de agua: á su extremidad izquierda, semejante al extremo de una media luna, avanza la punta de Canope ó de Aboukir, según que se ocurra á la imaginación la derrota de Antonio ó la victoria de Murat. Mas

próximo á la ciudad se eleva la columna de Pompeyo, y el obelisco de Cleopatra, únicas ruinas que quedan de la ciudad del Macedonio. Entre estos dos monumentos, junto á un bosque de palmeras, está el palacio del virey, edificio blanqueado, mezquino y malo, edificado por arquitectos italianos. En fin, al otro lado del puerto se destaca sobre el azul del cielo una torre cuadrada, edificada por los Arabes, al pié de la que desembarcó el ejército francés mandado por Bonaparte. En cuanto á Alejandria, esa antigua reina del Bajo Egipto, avergonzada sin duda de su esclavitud, se oculta tras las olas del desierto, en medio de las que se levanta como una isla de granito sobre un mar de arena.

Todo esto habia ido saliendo de la mar, y como por magia, á medida que nos aproximábamos á la costa; y sin embargo, no habiamos pronunciado una palabra; tantas ideas se agolpaban á nuestra imaginacion, tanta alegría henchia nuestro pecho. Es preciso ser artista, haber pensado largo tiempo en semejante viaje, haber tocado, como acabábamos de hacerlo, en Palermo y Malta, esas dos escalas del Oriente, y haber visto, por último, aparecer á la caída de la tarde de un hermoso dia, con una mar tranquila, rodeada de un horizonte iluminado como por el reflejo de un vasto incendio, ardiente y desmantelada, aquella antigua region del Egipto, misteriosa progenitora del género humano, al que ha legado como un enigma el secreto indescifrable de su civilizacion; es preciso haber visto todo esto con ojos cansados de París, para comprender lo que nosotros experimentamos al aspecto de aquella costa, que no se parece á ningun paisaje conocido.

No volvimos de nuestra absorta contemplacion sinó para ocuparnos de los preparativos del desembarco; pero el capitán Bellanger nos detuvo sonriéndose al ver nuestro apresuramiento. La noche, que desciende con tanta rapidez en los climas orientales, comenzaba á oscurecer aquel brillante horizonte, y á los últimos destellos del dia, veíanse las espumosas aguas, semejantes á olas de plata, estrellarse

contra una cadena de rocas que cierra casi completamente el puerto. Hubiese sido muy imprudente aventurarse á franquear la rada, aun con un piloto turco, y habia cien probabilidades contra una para asegurar que, no participando de nuestra impaciencia, ninguno de aquellos guias marinos se atreveria de noche á ir á bordo de nuestro buque.

Fué necesario, pues, tener paciencia hasta el dia siguiente. Ignoro lo que hicieron mis compañeros de viaje; por lo que hace á mi, no dormí ni un minuto. Durante la noche subí al puente dos ó tres veces, y siempre esperando ver algo á la débil claridad de las estrellas; pero ni una luz se distinguia en la ribera, ni un rumor llegó hasta mí de la ciudad: se hubiera creído que estábamos á cien leguas de tierra.

Por fin apareció el dia. Una niebla amarillenta cubria todo el litoral, que no se distinguia mas que por una prolongada linea vaporosa de un tinte mas oscuro. No obstante maniobramos hácia el puerto, y poco á poco el velo que cubria aquella misteriosa Isis, sin elevarse, se hizo menos denso, y como á través de una gasa cada vez mas transparente, volvimos á ver paulatinamente el paisaje del dia anterior.

No distábamos ya mas que unas cien brazas de aquellos escollos, cuando por fin apareció nuestro piloto. Aproximábase en una lancha conducida por cuatro remeros, la cual tenia en su proa pintados dos ojos grandes, cuya mirada estaba fija en el mar, como para descubrir en él sus mas ocultos escollos.

Era aquel el primer Turco que veia, porque no consideraba como verdaderos Turcos los vendedores de dátiles que habia encontrado en los boulevards, ni los enviados de la Sublime Puerta que habia visto alguna vez en el teatro; así que veia yo aproximarse aquel digno musulman con esa sencilla curiosidad del viajero que cansado de los hombres y de las cosas que ha visto, y habiendo recorrido ochocientas leguas para ver nuevas cosas y otros hombres, se apodera de lo pintoresco así que lo encuentra, y da

palmadas por haber hallado al fin esa cosa extraña, ese objeto desconocido que de tan lejos ha ido buscando.

Era este, por lo demás, un digno hijo del Profeta, con su luenga barba, su traje ancho y brillante, sus movimientos pausados y reflexivos, y sus esclavos para que le rellenasen la pipa y llevasen el tabaco. Luego que llegó á nuestro buque, subió gravemente por la escala, saludó, cruzándose los brazos sobre el pecho, al capitán, á quien reconoció por el uniforme, y fué á sentarse al timón, en cuya barra le cedió nuestro piloto su sitio. Marchaba yo detrás de él sin dejar de mirarle, cuando á los pocos instantes ví que se contraía su rostro como si tuviera atravesado en la garganta un cuerpo extraño que no pudiese tragar ni arrojar; por fin, despues de extraordinarios esfuerzos, pronunció estas dos palabras: *á la derecha*. Muy á tiempo las pronunció: un minuto mas, y le estrangulan. Despues de una ligera pausa, volvió á atacarle el mismo paroxismo; pero entonces ya fué para decir: *á la izquierda*. Estas eran las únicas palabras francesas que habia aprendido: por lo que se ve que su educacion filológica se habia limitado á lo estrictamente necesario.

Este vocabulario, por mas reducido que fuese, bastó, sin embargo, para hacernos abordar á un muelle excelente. El baron Taylor, el capitán Bellanger, Mayer y yo, nos lanzamos á la chalupa, y de la chalupa á tierra. Lo que pasó por mí cuando toqué en tierra, seria imposible de describir; además, no tuve tiempo de profundizar mis sensaciones, porque un incidenté inesperado vino á sacarme de mi éxtasis.

En el puerto mismo, á la manera que vemos en París á nuestros cocheros de berlinas, cabriolés y ómnibus, alquiladores de burros están esperando á los que arriban. Se ven por todas partes en donde el hombre puede desembarcar: en la torre Cuadrada, en la columna de Pompeyo, en el obelisco de Cleopatra. Pero preciso es confesarlo en alabanza suya, exceden aun en amabilidad y pertinacia á nuestros cocheros de Sceaux, de Pantin y Saint-Denis. Antes que hubiese podido volver en mí, ya habia sido co-

gido, trasportado y montado sobre un burro, arrebatado de mi cabalgadura, trasladado á otra, derribado de esta sobre la arena, y todo esto acompañado de gritos y de golpes que se sucedieron tan rápidamente, que no habia tenido tiempo de oponer la menor resistencia. Aproveché el momento de tregua que me proporcionaba el combate que se verificaba sobre mi cuerpo para mirar á mi alrededor, y ví á Mayer en una situacion todavia mas crítica que la mia: le habian aprisionado rigurosamente, y á pesar de sus gritos, era llevado al galope por un burro y su alquilador. Acudí á su socorro y conseguí sacarle de manos del infiel. Inmediatamente huimos por la primera calle que se nos presentó para librarnos de aquella octava plaga de Egipto, que Moisés no nos previno; mas no tardamos en ser alcanzados por nuestros hombres, quienes para obrar con mas celeridad, habiendo montado en sus cuadrúpedos, tenían sobre nosotros la ventaja de la caballería sobre la infantería. Y no sé lo que ya hubiera pasado, si unos buenos musulmanes, reconociéndonos por nuestro traje como Franceses, no se hubiesen apiadado de nosotros, y sin dirigirnos la palabra, sin manifestarnos ni con un gesto sus buenos sentimientos para con nosotros, no hubieran acudido á nuestro socorro apartando á nuestros officiosos asaltantes con sendos latigazos dados con vergajos de hipopótamo. Verificado el hecho á nuestra satisfaccion, continuaron su camino sin esperar nuestras muestras de agradecimiento.

Penetramos entonces en la ciudad; pero no habíamos andado por ella cien pasos, cuando conocimos la imprudencia que habíamos cometido rehusando nuestras monturas; los burros son los cabriolés del país, y es imposible atravesar sin ellos por el barro. Consiste en que á causa del excesivo calor tienen que regar las calles cinco ó seis veces al dia: esta medida de policia está confiada á los fellahs, que se pasean, con un pellejo bajo cada brazo, y los oprimen uno despues de otro para que salga el agua que contienen, acompañando esta eyaculacion alternativa con una doble frase árabe que pronuncian con un tono monótono, y que

quiere decir : *Cuidado por la derecha, cuidado por la izquierda*. Consecuencia de esta irrigacion portátil, que da á aquellas buenas gentes el aspecto de nuestros gaiteros, el agua y el polvo forman una especie de argamasa romana, de que solo pueden salir con gloria los burros, los caballos y los dromedarios; en cuanto á los cristianos, aun se defienden de ella, gracias á sus botas; pero los Arabes dejan allí sus babuchas.

Sin embargo, nos hallábamos al principio de nuestras desventuras; al salir de la calle sucia y estrecha en que nos habíamos empeñado, caímos en medio de un bazar infecto; en uno de esos focos mefíticos de los que una ó dos veces por año va la peste á sacar los miasmas pútridos que esparce en seguida por toda la ciudad : por mas que nos apresuramos á atravesar por él, presentaba tal hacinaamiento de fardos, burros, mercaderes y dromedarios, que durante algunos momentos fuimos lanzados, maltratados y aplastados contra las tiendas, sin poder adelantar un paso. Ibamos á tomar el partido de volver atrás, cuando vimos el kadi, que como en las *Mil y una Noches* rondaba á la cabeza de sus kaffas. Apenas observó que la via pública estaba obstruida, se dirigió hacia el sitio del atasco, y con una imparcialidad admirable se pusieron él y sus ayudantes á descargar sendos palos sobre el lomo de los animales y las cabezas de aquellas gentes. Como el medio era eficaz, se practicó una brecha; el kadi pasó el primero, nosotros le seguimos; restablecióse la circulacion detrás de nosotros, como un rio que vuelve á seguir su curso. A los cien pasos, el kadi tomó por la derecha y nosotros por la izquierda, él para despejar un nuevo aglomeramiento, y nosotros para ir en casa del cónsul.

Seguimos por espacio de una media hora por calles estrechas, irregulares y tortuosas, cuyas casas tienen todos los aleros salientes, cuyas curvas avanzando de piso en piso llegan hasta la parte superior del edificio; lo cual cierra de tal modo el espacio por la parte alta, que la luz está casi completamente interceptada. En nuestro camino

encontramos algunas mezquitas, en general poco notables; solo hay dos ó tres en la ciudad que están adornadas con *madenehs* (1), pero poco elevados y que no tienen mas que una galería. A sus puertas, que jamás atravesó un giaoun, estaban sentados verdaderos creyentes que fumaban y jugaban al *mangallah* (2); en fin, despues de haber empleado casi una hora desde el puerto, llegamos á casa del cónsul.

Mr. de Mimant nos recibió con una amabilidad extraordinaria. Literato distinguido, arqueólogo infatigable, defensor celoso no solo de los derechos, sino tambien de la dignidad de nuestra nacion, todo francés estaba seguro de encontrar en él hospitalidad como viajero, proteccion como compatriota. Nos recibió en una grande habitacion que habian ocupado en otro tiempo Bonaparte, Kleber, Murat, Junot y algunos de los generales mas valientes y mas célebres de nuestra expedicion. Casi todos al llegar adoptaron la vida oriental y el uso del café y las pipas, que constituyen las mas comunes distracciones de ella. Fumaban sentados en anchos divanes colocados todos al rededor de la habitacion, y se nos enseñó en diferentes sitios del piso las señales que el fuego de sus largas pipas habia dejado allí. Cito este detalle para probar de qué modo las menores particularidades de nuestra permanencia en Egipto han quedado en la memoria de sus habitantes.

Despues de tener una conversacion tan animada como la que se entabla entre los compatriotas que se encuentran á mil leguas de su país, y en la que Mr. Taylor expuso los motivos de su viaje y la mision de que iba encargado cerca del pachá, hicimos buscar guias y burros, porque ya estábamos hartos de los viajes á pié, y nos dirigimos en seguida hácia la puerta Mahmudia, que conduce á las ruinas de la

(1) Especie de campanario de lo alto del cual el muezzin llama á los fieles á la oracion.

(2) Pedazo de madera macizo, cuadrilongo, comunmente de cedro ó de encina, está horadado por agujeros semi-esféricos, y alguna vez incrustado de nácar. Es una especie de tric-trac al que cada jugador juega con treinta y seis conchas.

antigua Alejandria. Una vez libres del lodo ó instalados pacíficamente en nuestras monturas, pudimos entregarnos á hacer observaciones, mas curiosas en Egipto que en ninguna otra parte. Para nosotros parisienses, todo era objeto de sorpresa: el órden físico y social nos parecieron trastornados; admirábamos un cielo y una tierra como no se ven en otra parte, un idioma que no tiene analogía con ningun otro, costumbres que no existen mas que allí, un pueblo que parece haber tomado nuestra vida al contrario. Entre nosotros se llevan los cabellos largos, la barba afeitada, los musulmanes se afeitan la cabeza y dejan crecer su barba. Nosotros castigamos la bigamia y marcamos con el deshonor el concubinaje; ellos proclaman la una, y no ponen al otro ningun limite. La mujer es en nuestra existencia una esposa, una hermana, una amiga; en la suya, no es mas que una esclava, esclava mas desgraciada que todas las demás; su vida es la de una prisionera: nadie mas que su señor se aproxima á su habitacion. Es mas desventurada cuanto mas hermosa, porque entonces su existencia pende de un cabello: ¡si levanta su velo, su cabeza cae!

Al salir por la puerta Mahmudia, torcimos algunos pasos para ver un montecillo que todavia lleva hoy el pomposo nombre de Fuerte Bonaparte. Alejandria es una ciudad que está situada tan baja que los ingenieros franceses no tuvieron mas que amasar algunas pelladas de tierra y coronarlas con una batería para obligarla á rendirse. Pagados nuestros honores y deberes á aquel recuerdo moderno, nos dedicamos completamente á la antigüedad.

La antigua Egipto, la Egipto venida de la Etiopia por el Nilo, no existe mas que en las ruinas de Elefantina y Tebas. Menfis la troyana les habia sucedido, y bajo sus muros habia visto caer con Psammenit el imperio de los Faraones, legado por Cambises á sus sucesores. Reinaba Dario; su monarquía se extendia del Indus al Ponto Euxino y del Jaxartes á la Etiopia. Continuando la obra de sus predecesores, que hacia ciento cincuenta años tenian en servidum-

bre la Grecia asiática y atacaban á la Grecia europea, ya con ejércitos de millones de hombres, ya con el oro y la intriga, Dario meditaba una tercera invasion, cuando en una provincia de esa Grecia, limitada al Oriente por el monte Athos, al Poniente por la Iliria, al Norte por el Hæmus y al Mediodía por el Olimpo, apareció un jóven rey de veinte y dos años, que resolvió destruir aquel inmenso imperio, y hacer lo que Cimon, Agesilao y Filipo habian intentado en vano. Este jóven rey se llamaba Alejandro.

Levanta treinta mil hombres de infantería, cuatro mil y quinientos de caballería, reúne una escuadra de ciento sesenta galeras, se proporciona setenta talentos, toma víveres para cuarenta dias, parte de Pella, costea Amfipolis, pasa el Strimon, atraviesa Hiber, llega en veinte dias á Lestu, desembarca sin oposicion en las costas del Asia Menor, visita el reino de Priamo, corona de flores la tumba de Aquiles, su abuelo materno, atraviesa el Granico, derrota á los sátrapas, mata á Mitridates, somete la Misia y la Lidia, toma á Sardes, Mileto, Halicarnaso, somete la Galacia, atraviesa la Capadocia, subyuga la Cilicia, vuelve á encontrar en las llanuras de Issus á los Persas, que arroja ante sí como un torbellino, sube hasta Damasco, vuelve á bajar hasta Sidon, toma y saquea á Tiro, da tres veces la vuelta al rededor de las murallas de Gaza, arrastrando su carro á su gobernador Bætis como en otro tiempo habia hecho Aquiles con Héctor; va á Jerusalem y á Menfis, hace sacrificios al dios de los Judios y á los dioses de los Egipcios, vuelve á bajar por el Nilo, visita á Canope, da la vuelta al lago Mareotis, y arriba á su orilla septentrional; admirado de la belleza de aquella playa y de la fortaleza de su situacion, se decide á dar una rival á Tiro, y encarga al arquitecto Dinócrates edifique una ciudad que se llamara Alejandria.

El arquitecto obedece; traza un recinto de quince mil pasos, al cual da una forma de capa macedonia, corta su ciudad por dos calles principales, á fin de que los vientos etesios que soplan del Norte pudiesen refrescarla. La primera de estas calles se extendia desde el mar al lago Ma-

reotis, y tenia diez estadios ó mil cien pasos de longitud; la segunda atravesaba la ciudad en toda su extension, y tenia cuarenta estadios ó cien mil pasos de un extremo á otro. Los dos tenian de ancho cien piés.

Y la ciudad naciente no se extendió poco á poco como las demás ciudades, sino que surgió de repente. Alejandro echó sus cimientos, partió para el templo de Ammon, se hizo reconocer como hijo de Júpiter, y cuando volvió, la nueva Tiro estaba edificada y poblada. Entonces el fundador continuó su victoriosa marcha. Alejandria, tendida entre su lago y sus dos puertas, oyó el ruido de sus pasos que se dirigian hácia el Eufrates y el Tigris, una ráfaga de viento oriental la llevó el rumor de la batalla de Arbellas; percibió como un eco la caída de Babilonia y de Suza; vió resplandecer al horizonte el incendio de Persépolis, y por último aquel ruido lejano se perdió tras Ecbatane, en los desiertos de la Media, al otro lado de rio Ariud.

Ocho años despues, Alejandria vió entrar en su recinto un carro fúnebre, rodando sobre dos ejes al rededor de los que giraban cuatro ruedas á lo persa, cuyos rayos y llantas eran doradas. Cabezas de leones de oro macizo, cuya boca mordía una lanza, formaban el adorno de los cubos de las ruedas. Tenia el carruaje cuatro lanzas, en cada una de las que estaba sujeta una cuádruple fila de yugos, y enganchadas á cada yugo cuatro mulas. Todas llevaban en la cabeza una corona de oro, campanillas tambien de oro á cada lado del cabezon, y al rededor del cuello collares recargados de piedras preciosas. Sobre este carro habia un templete abovedado, todo de oro, de ocho codos de ancho y doce de largo; la cúpula estaba adornada de rubies, carbunclos y esmeraldas. Delante de este templete habia un peristilo del mismo metal, sostenido por dos columnas de orden jónico, y en este peristilo cuatro cuadros. El primero de estos cuadros representaba un carro ricamente trabado; un guerrero estaba sentado en él teniendo en la mano un magnífico cetro; al rededor de él marchaba la guardia macedonia completamente armada y el escuadron de los

Persas; la vanguardia la formaban los oplitas. El segundo cuadro se componia de la falange de los elefantes armados para la guerra, conduciendo sobre su cuello los Indios, y á la grupa los Macedonios cubiertos con sus armas. Habíanse figurado en el tercero cuerpos de caballeria imitando las maniobras y las evoluciones del combate. En fin, el cuarto representaba navíos en órden de batalla, y prontos á atacar á una flota que se divisaba en lontananza. Encima de este templete, es decir, entre el techo y la parte superior, todo el espacio estaba ocupado por un trono de oro cuadrado, adornado con figuras de relieve de las que pendian anillos de oro, y por estos anillos pasaban guirnaldas de flores, que se renovaban todos los dias. Remataba todo en la parte superior en una corona de oro, de una dimension bastante grande para que un hombre de alta estatura pudiese estar de pié en el hueco que formaba, y cuando la luz del sol daba en su parte superior despedia muy lejos sus reflejos en forma de rayos. En fin, en este templete habia un féretro de oro macizo, en el que y sobre aromas estaba tendido el cadáver de Alejandro.

Uno de los doce capitanes á quienes la muerte de su general habia hecho reyes era el que presidia el duelo; en aquella gran particion del mundo que se habia ejecutado al rededor de un féretro, Ptolomeo, hijo de Lago, habia tomado para sí el Egipto, la Cirenáica, la Palestina, la Fenicia y el Africa. Despues, como un palladium que debia durante tres siglos y medio conservar el imperio á sus descendientes, habia torcido el camino del cuerpo de Alejandro; lo llevaba á pedir una tumba á aquella ciudad á la que él habia dado una cuna.

A contar desde este dia, Alejandria recibió el dictado de reina, como lo habia sido Tiro, como lo era Atenas, como debia serlo Roma: cada uno de sus diez y seis reyes y sus tres reinas añadieron una piedra preciosa á su corona. Ptolomeo, llamado Soter ó Salvador por los Rodios, mandó edificar la torre del Faro, unió por medio de un muelle la isla al continente, trasladó de Sinope á Alejandria las imá-

genes del dios Serapis, y fundó la famosa biblioteca que fué quemada por César. Ptolomeo II, llamado irónicamente Filadelfo por sus persecuciones á los príncipes de su familia, reúne, hace traducir al griego los libros hebreos, y nos lega la version de los Setenta; Ptolomeo III, llamado el Bienhechor, va á buscar al corazon de la Bactriana y traslada á las bocas del Nilo los dioses del antiguo Egipto, arrebatados por Cambises. El teatro, el museo, el gimnasio, el estadio, el panteon, los baños, se construyeron en tiempo de sus sucesores. A través de una inmensa extension de terreno se abrieron seis canales; cuatro iban del Nilo al lago Mareotis; el quinto conducia de Alejandria á Canopé; en fin, el sexto atravesaba el istmo en toda su extension, cortaba el arrabal Rhacolis, y partiendo del puerto Kibetos, iba á desaguar en el lago, inmediato á la puerta del Sol.

Hoy no queda de la antigua ciudad mas que el muelle, agrandado y solidificado por terrenos y sobre el que está edificada la nueva ciudad. En medio de ruinas casi informes, las que sin embargo, se conoce haber sido los baños, la biblioteca y los teatros, no ha quedado en pié mas que la columna de Pompeyo y uno de los obeliscos de Cleopatra, porque el otro yace derribado y medio enterrado en la arena. Toda la parte que era en otro tiempo una isla, en cuyo centro y extremo oriental se elevaba la ciudadela, y aquella famosa torre del Faro, que iluminaba á treinta mil pasos de distancia, no es mas que una playa escueta y árida, que avanza en forma de media luna para ceñir la nueva ciudad.

La columna de Pompeyo es un trozo de mármol coronado por un capitel corintio y que descansa sobre un sólido pedestal compuesto de restos antiguos y fragmentos egipcios. El título que lleva y que la ha sido dado por los viajeros modernos no tiene relacion alguna con su origen, que si se ha de creer la inscripcion griega que hay en él, remonta únicamente á Diocleciano; hácia la parte Sur ha sufrido una inclinacion de cerca de siete pulgadas; por lo demás, ni el capitel ni la base se llegaron jamás á concluir.

En cuanto á su altura, no lahe medido; pero se eleva dos tercios mas que las palmeras que crecen á su alrededor.

Los obeliscos de Cleopatra, uno de los cuales como hemos dicho está todavía en pié, y el otro derribado, son de granito rojo con tres columnas con caractéres en cada cara: Faraon Moris fué quien, mil años antes de Cristo, las sacó de las canteras de la cadena líbica como de un estuche, y las alzó con su potente mano ante el templo del Sol. Dicese que Alejandria las envidió á Menfis, y Cleopatra, á pesar de las murmuraciones de la ciudad madre, se las arrebató como joyas que no era ya bastante bella para poseer. Los lisos antiguos que servian de base á estos obeliscos existen todavía y descansan sobre un zócalo de tres escalones: son de construccion greco-romana y vienen á apoyar con su fecha arquitectónica la tradicion popular, que hace remontar su segunda ereccion al año 58 ó 40 antes de Jesucristo.

Vagábamos hacia ya cerca de dos horas por en medio de aquellas ruinas, con nuestro Strabon y nuestro Plutarco en la mano, cuando se fijaron mis ojos por casualidad en el pantalon blanco de Mayer; estaba negro desde los piés á las rodillas, y gris desde la rodilla á lo alto del muslo. Al principio creí que presuroso por visitar las ruinas, se habia quedado con el que habia atravesado las fangosas calles de Alejandria; mas prestando una atencion mas seria al fenómeno, no tardé en ver que aquel tinte oscuro que iba aclarando á medida que se alejaba del suelo, era variable y debia reconocer una causa especial. Inmediatamente y como por instinto dirigí mi vista al mio, una sola mirada me bastó para conocer la espantosa realidad: estábamos plagados de pulgas.

Lo mejor que podíamos hacer en semejante apuro, era irnos inmediatamente á los baños, de los que habíamos oido hablar tan frecuentemente como de un delicioso recreo; así apenas expuso la idea uno de los dos, fué adoptada unánimemente por la caravana. Hicimos seña á nuestros guias de que nos acercaran los burros, montamos en ellos con mas ó menos destreza, segun nuestros estudios sobre equitacion

y nuestros recuerdos de Montmorency, y volvimos al galope hácia la ciudad; mas apenas comunicamos á nuestro intérprete la intencion que teníamos, su rostro tomó una expresion de espanto muy alarmante: los baños estaban cerrados todo el día, y corria riesgo nuestra cabeza si intentábamos hacerlos abrir. Hé aquí la causa de esta prohibicion.

El viernes es el domingo de los Turcos. Ahora bien, el Koran ordena á todo buen musulman llene sus deberes conyugales durante la noche del viernes al sábado, bajo pena de pagar al entrar en el paraíso un camello por cada vez que faltara á esa prescripcion: resulta de aquí que el sábado está consagrado á las abluciones femeninas, y los baños reservados exclusivamente á la purificacion de los harenes. En su consecuencia, vimos pasar verdaderos rebaños de mujeres cubiertas con un manto de seda negro ó blanco, calzadas con borcegués amarillos, velado el rostro con un lienzo de pié y medio de largo y del ancho de la cara; esta especie de mascarilla cuelga por delante del rostro desde los ojos, y está unida al velo que cubre la frente por una cadena de oro, de perlas ó de conchas, segun la fortuna ó el capricho de la que lo lleva. Aquellas mujeres, que no salen jamás á pié, iban montadas en burros y conducidas por un eunuco, que marchaba á la cabeza con un palo en la mano. Vimos algunos de aquellos escuadrones en que se contaban sesenta, ochenta y aun cien mujeres: algunos iban seguidos de sus dueños, lo cual, vista la circunstancia religiosa á que hacia alusion esta salida, nos pareció el colmo de la fatuidad de parte de estos infelices.

II.

## LOS BAÑOS.

Al día siguiente me presenté en los baños así que se abrieron. Despues de las mezquitas, son los baños los mas bonitos monumentos de las ciudades orientales. Al que me condujeron era un vasto edificio de una arquitectura sencilla y cubierto de ingeniosos adornos; se entra primero en un gran vestibulo con habitaciones á derecha é izquierda donde se deja la capa. En el fondo, y frente á la entrada, hay una puerta herméticamente cerrada; franqueada, se entra en una atmósfera mas caliente que el aire exterior. Al llegar allí todavía es tiempo de retirarse, pero una vez que se ha puesto el pié en uno de los gabinetes que están contiguos á esta habitacion, ya no dispone uno de sí mismo. Se apoderan de vosotros dos criados, y os convertís en cosa del establecimiento.

Eso es lo que me sucedió con gran admiracion mia; apenas hube entrado, dos vigorosos bañeros se apoderaron de mi cuerpo; en un instante me encontré completamente desnudo, y en seguida el uno me ató una faja de lienzo á la cintura, mientras que el otro me calzaba un par de patines colosales, que me hicieron crecer en el acto un palmo. Esto

calzado nada comun, no solo me hizo imposible ya toda fuga, sino que, ni aun hubiera podido conservar mi centro de gravedad, si mis dos esclavos no me hubiesen sostenido cogiéndome ambos por bajo los brazos. Estaba cogido, y ya no me era dado retroceder; me dejé conducir.

Pasamos á otra habitacion; pero una vez en ella, cualquiera que fuese mi resignacion, era tan intenso el vapor y el calor tan grande, que sentí me sofocaba. Creí que mis guías se habian equivocado y habian entrado en un horno; quise desasirme, pero mi resistencia habia sido prevista; por otra parte, no estaba yo ni con traje ni en situacion favorable para sostener la lucha; así que me di por vencido. Verdad es que á pocos momentos quedé admirado al sentir, á medida que el sudor me corría por el cuerpo, que me volvía la respiracion y se me dilataban los pulmones. De este modo pasamos á cuatro ó cinco habitaciones, cuya temperatura seguía una marcha progresiva y tan rápida, que al fin comencé á creer que el hombre habia estado en un error en cuanto á su elemento por espacio de cinco mil años, y que su verdadero destino era ser cocido ó asado. Por último, entramos en la estufa; era aquí tan espeso el vapor, que al pronto no pude percibir nada á dos pasos de mí, y tan insoportable el calor, que me sentí desmayar. Cerré los ojos y me dejé ir á merced de mis guías, que todavía me hicieron dar algunos pasos, me quitaron el cinturón, me desataron los patines, y me tendieron medio desmayado sobre el estrado que se elevaba en el centro de la habitacion, y que se parecía á la mesa de mármol de un anfiteatro.

Sin embargo, al cabo de cortos instantes comencé á habituarme á aquella temperatura infernal. Me aproveché de la vuelta gradual de mis facultades para dirigir discretamente una mirada al rededor. Como los demás órganos, mi vista se familiarizaba con la atmósfera que me rodeaba, de tal modo, que á pesar del vapor conseguí ver distintos los objetos que habia á mi inmediacion. Mis dos verdugos parecían haberme olvidado momentáneamente: veíalos yo tan ocupados

al otro extremo de la habitacion, que se me ocurrió aprovecharme de aquel momento de descanso que tenían á bien concederme.

Me orienté, pues, poco á poco, y concluí por darme cuenta de mi situacion: estaba en el centro de un gran salon cuadrado, incrustado hasta la altura de un hombre, de mármol de diferentes colores; surtidores abiertos derramaban continuamente sobre las baldosas una agua humeante que iba á caer en los cuatro rincones del salon en otros tantos recipientes semejantes á calderas en cuya superficie veía agitarse cabezas rasuradas que expresaban su gozo con los mas grotescos gestos de su fisonomía. Estaba yo tan ocupado con aquel cuadro, que presté muy poca atencion á la vuelta de mis dos bañeros. Volvian hácia mí llevando el uno una artesa ancha de madera en que habia hecho disolver jabon, y el otro un paquetito de lino muy fino cardado. De repente pareció que atravesaban mi cabeza, mis ojos, nariz y boca millares de agujas; era el bribon del bañero que acababa de inundarme el rostro con aquella preparacion, y que mientras su compañero me sostenia por los hombros, me frotaba con furor la cara, los cabellos y el pecho. Era el calor tan insoportable que me volvió toda mi enrgia. Me pareció ridiculo dejarme jabonar de aquel modo sin defenderme. Separé al uno de un puntapié, derribé al otro de un puñetazo, y no viendo otro remedio á mi mal que una inmersion completa, me dirigí hácia aquella de las cuatro pilas que me pareció mejor situada y me lancé en ella atrevidamente; el agua estaba cociendo. Arrojé un grito al abrasarme, y sosteniéndome en los que estaban inmediatos á mí, y que no comprendian mi agitacion, salté fuera de la pila casi tan rápidamente como habia entrado en ella. Sin embargo, por corta que hubiese sido la ablucion, habia producido su efecto; tenia el cuerpo rojo como un cangrejo cocido.

Quedé un instante estupefacto, creyéndome presa de una pesadilla. Tenia ante mis ojos hombres que se cocian en una especie de hervor, y que parecían recibir el mayor placer con aquel suplicio. Esto confundia todas mis ideas acerca

del placer y del dolor, pues lo que era dolor para mí era placer para ellos; así que tomé la resolución de no abandonarme á mis impulsos y no creer en mis sensaciones y dejar buenamente que hicieran conmigo lo que quisieran; encontráronme, pues, pacíficamente resignado mis dos verdugos cuando volvieron á dirigirse hácia mí, y los seguí sin resistencia á una de las cuatro pilas. En cuanto llegué á los escalones, me hicieron señal de bajar; obedecí pasivamente y me encontré metido en una agua que parecía tener de treinta y cinco á cuarenta grados. Me pareció aquel calor nada mas que mediano.

De esta pila pasé á otra de una temperatura mas elevada, pero soportable aun. Permanecí en ella, como en la primera, tres minutos próximamente. Pasado este tiempo me condujeron mis hombres á la tercera, que podría tener diez ó doce grados mas que la segunda; en fin, de esta tercera me dirigieron á la cuarta, que era donde yo habia hecho mi aprendizaje de condenado. Me aproximé á ella con la mayor repugnancia, por mas decidida que fué mi resolución de soportarlo todo. Así que cuando iba á meterme comencé por tocar el agua con la punta del pié; me pareció tambien muy caliente, pero no ya al grado con que la habia sentido la primera vez. Me atreví á meter una pierna, despues de otra, por último todo el cuerpo, y me quedé admirado al no sentir la misma cocción. Consistía en que esta vez habia llegado por graduacion, habiéndome preparado á aquel calor las otras pilas. Pasados algunos segundos ya no lo sentía, y sin embargo, creo poder asegurar que el agua tenia de sesenta á sesenta y cinco grados; solo sí cuando salí mi piel habia aumentado de color, del de amapola habia pasado al carmesí.

Mis dos verdugos me volvieron á coger y me anudaron de nuevo un cinturón por los riñones, despues me rodearon un chal á la cabeza y me llevaron sucesivamente por las salas que habíamos pasado, teniendo cuidado á cada cambio de atmósfera de ponerme un nuevo cinturón y un nuevo turbante. Por fin llegué á la primera habitacion donde

habia dejado mis vestidos. Encontré allí una buena alfombra y una almohada; me volvieron á quitar mi cinturón y mi turbante para envolverme todo el cuerpo en un gran peinador de lana, me acostaron como á un niño y en seguida me dejaron solo.

Experimenté entonces una sensacion de bienestar indefinible: me sentia completamente feliz, pero con tal debilidad que cuando se volvió á abrir, como media hora despues, la puerta de mi habitacion, me encontraron exactamente en la misma postura en que me habian dejado.

El nuevo personaje que entraba en la escena era un Arabe jóven, vigoroso y bien formado: se aproximó á mi lecho como hombre que tenia que hacer algo conmigo. Le miré con una especie de espanto adelantarse, espanto muy natural en un hombre que acaba de pasar por semejantes pruebas; pero estaba tan débil que ni aun se me ocurrió la idea de incorporarme: comenzó por cogerme la mano izquierda y la hizo chascar todas sus articulaciones; despues pasó á la mano derecha, en la que hizo lo mismo. Despues de la dislocacion de las manos vino la de los piés y de las rodillas; en fin, por un último esfuerzo hábilmente combinado me volvió en la postura de un pichon emparrillado, y, al modo que se da el golpe de gracia á un paciente, me hizo crujir la espina dorsal. A esta evolucion arrojé un grito de verdadero terror; creia tener rota la columna vertebral. Mi verdugo, satisfecho del resultado que habia obtenido, abandonó el primer ejercicio para pasar ó otro y se puso á sobarme los brazos, las pantorrillas y los muslos con una destreza admirable; duraria esto un cuarto de hora, pasado el cual me dejó. Me encontraba todavia mas débil que antes; además todas las articulaciones me dolian. Quise atraer la alfombra para cubrirme; no tuve fuerzas para ello.

Un criado me trajo café, una pipa y pebeteros; despues, viéndome desnudo, me arrojó una cubierta de lana sobre el cuerpo y me dejó embriagarme con perfumes y tabaco. Pasé así como media hora entre el sueño y la vigilia per-

dido en las vagas meditaciones de una embriaguez deliciosa, experimentando un sentimiento de bienestar inexplicable y en un perfecto abandono de las cosas del mundo. Sali de mi éxtasis con la llegada del barbero, que empezó por afeitarme, despues me peinó la barba y los bigotes y trminó proponiéndome rasurarme por completo; como no me agradaba este género de ceremonia, la proposicion quedó sin resultado. Fué reemplazado el barbero por un muchacho de catorce á quince años que entró bajo pretexto de frotarme los talones con piedra pómez. Ignorando completamente su intencion ulterior, le entregué mis piés; pero viendo que terminada la operacion permanecia de pié y como esperando algo, le pregunté lo que queria; me respondió con una frase árabe de la que no comprendí una palabra. Moví la cabeza en señal de que no entendia; entonces aclaró su proposicion con un gesto tan expresivo que no habia medio de engañarse acerca de él. Respondí con otro que le envió rodando á diez pasos de distancia.

Al ruido que produjo al caer entró el descoyuntador; le hice señal que queria salir; me trajo mis vestidos y me ayudó á vestirme, porque estaba tan débil y tan delicado aun que apenas podia tenerme en pié. Me volvió á conducir entonces á mi habitacion, que daba al vestibulo, donde volví á encontrar mi capa, y en seguida pagué aquel baño que habia durado tres horas, por los bañeros, el descoyuntador, el barbero, la pipa, el café, los perfumes, la proposicion que se me habia hecho y el puntapié que yo habia dado, piastra y media, es decir, once sous de nuestra moneda (unos dos reales). — Es maravilloso!

Encontré burros á la puerta, y esta vez no me hice de rogar. Monté en uno y marché tranquilamente al paso. Aunque eran las diez ó las once de la mañana, me parecia que la atmósfera estaba muy fresca. Consistia esto en la transicion, y comprendí entonces el fanatismo de los Turcos por aquel deleite que á mi me habia parecido una fatiga intolérable.

Al entrar en el consulado, supe que seriamos recibidos

aquel mismo dia por Ibrahim-Pachá, en ausensia de su padre que estaba en el Delta. La audiencia era para las doce del dia. Me quedaban aun dos horas y las aproveché para echarme en la cama.

A la hora señalada, llegó un oficial del príncipe para conducir la comitiva, y se colocó á la cabeza. Componiase la caravana de Mr. Mimant, del baron Taylor, del capitán Bellanger, Mayer y yo. Acompañábanos dos kaffas, cuyo oficio era separar á palos á los curiosos que hubieran podido impedir la marcha de la embajada.

Una gran variacion suntuaria acababa de hacer el pachá. Hacia seis meses próximamente habia desterrado el antiguo traje militar y adoptado el nuevo, llamado *nizamgedid*. La comitiva encontró muchos cuerpos de infantería envueltos con ese uniforme que consiste en un manto encarnado, una casaca encarnada, calzón encarnado y botines encarnados. Este traje ha sido escrupulosamente adoptado, y los regimientos presentan una unanimidad en color, bastante agradable. Verdad es que por oposicion presentan los rostros de los soldados los mas variados matices, desde el cutis blanco mate del circasiano, hasta la tez de ébano del hijo de la Nubia, mas todos los esfuerzos del pachá no han podido aun remediar este inconveniente.

Otro hay que no es menor, y que ya he señalado. Esos regimientos que avanzan por las fangosas calles de Alejandria al son de los tambores, que baten marchas francesas, á pesar de la disciplina que procuran mantener los sarjentos colocados entre filas, no solo no pueden guardar el paso sino ni aun conservar las filas. Es la causa de esto, que de cinco en cinco minutos, las chinelas encarnadas de los soldados quedan en el lodo, y sus propietarios se ven obligados á detenerse para no perderlas. Esta continua manobra que no ha sido prevista por la táctica de infantería, introduce un desórden en las filas del ejército egipcio, que al primer golpe de vista podia confundirse con la guardia nacional del país. La equivocacion seria tanto más natural, cuanto que bajo aquel clima ardiente donde todo peso es

insoportable, cada uno lleva su fusil á discrecion de la manera que le es mas cómodo.

Por fin, la comitiva venció todos los obstáculos y llegó al palacio. En el patio encontramos un regimiento que nos esperaba sobre las armas. Pasamos por entre dos filas, subimos la escalera, y atravesamos una serie de salones blanqueados y sin ningun mueble, de los que cada uno tenia en el centro un surtidor. En la antecámara, se detuvo Mr. Taylor para arreglar los presentes destinados al príncipe Ibrahim. Consistian en armaduras de coroneles de coraceros y carabineros, escopetas y pistolas de combate. Dispuesto esto, entramos en el salon de recepcion.

Era en un todo semejante á los precedentes, y sin otro mueble que un enorme divan, que estaba todo al rededor. En el ángulo mas oscuro de este salon, habia una piel de leon extendida sobre el divan, y sobre la piel de leon, en cuclillas, colgando una pierna por encima de la otra; estaba Ibrahim, con un rosario en la mano izquierda y jugando con la derecha con los dedos del pié.

Mr. Taylor saludó y se sentó á la derecha del príncipe, Mr. de Mimant á su izquierda, y el resto de la comitiva donde agradó á cada uno. Ni una palabra se pronunció en esta primera parte de la recepcion. Luego que cada uno ocupó su asiento, Ibrahim hizo una seña; trajeron pipas encendidas y se fumó. En los cinco minutos que duró esta operacion, tuvimos tiempo de examinar á nuestro placer al príncipe Ibrahim. Tenia en la cabeza un gorro griego, vestia el nuevo uniforme militar y parecia tener cuarenta años. Era pequeño, rechoncho, robusto, tenia los ojos vivos y penetrantes, el rostro colorado, y el bigote y la barba del color de la piel del leon sobre que estaba sentado.

Cuando concluyeron las pipas se llevó el café. La pipa y el café reunidos constituyen los grandes honores. En las audiencias ordinarias, generalmente no se ofrece mas que lo uno ó lo otro. Bebido el café, se levantó Ibrahim lentamente, fué hácia la puerta, y seguido de Mr. Taylor y de

todos nosotros, entró en el salon donde estaban los regalos. Examinó todos sucesivamente con visible satisfaccion; las armaduras de los carabineros adornados con un sol de oro, parece que fué lo que le agradó mas. No obstante, concluido el exámen, pareció que buscaba otra cosa; pero no encontrando lo que buscaba, dirigió algunas palabras á su intérprete, quien volviendo á Mr. Taylor:

— Su alteza, dijo, pregunta si os habeis acordado de traerle vino de Champagne.

— ¡Sí, de Champagne! de Champagne! añadió el príncipe acompañando estas palabras francesas con un movimiento expresivo de cabeza.

Mr. Taylor respondió que se habia anticipado á los deseos de su alteza, y que ya debian estar guardadas en palacio muchas cajas llenas de botellas de aquel líquido.

Desde entonces se mostró Ibrahim del humor mas encantador: volvié á entrar en el salon de recepcion, habló mucho de la Francia, á la que miraba, decia, como una segunda patria, siendo nieto de una francesa. En seguida, como última muestra de honor, entraron esclavos con pebeteros encendidos, y aproximándolos á nuestros pechos, perfumaron nuestra barba y nuestro rostro. Terminada esta ceremonia, Mr. Taylor se levantó y se despidió del príncipe, llevándose sucesivamente su mano derecha á la frente, á la boca y al pecho, lo cual quiere decir en el lenguaje figurado y poético del Oriente: ¡Mis pensamientos, mis palabras y mi corazon son tuyos!

Después la embajada volvió al consulado con el mismo orden con que habia salido de él.

Para la noche nos invitó Mr. de Mimant á ir al teatro. Habia en Alejandria una compañía que ponía en escena comedias del género vulgar; representábanse aquella noche dos vaudevilles de Scribe.